

con voz tierna, como si de pronto se sintiera poseída de un sentimiento nuevo y extraño.

—Para ninguna.....; es decir, para tí, antes de conocerte. Esta es la verdad—contestó Pío Cid.

Y al mismo tiempo su pensamiento se alejaba de allí volando á tierras lejanas, donde veía sombras de mujeres que él quizá había amado, y cuyo recuerdo había venido á visitarle en forma de visión alada y á anunciarle la resurrección del amor en aquella mujer de ojos grandes y negros que la fatalidad le había puesto delante. Y él se veía encadenado, sin poder ni querer huir, resignado voluntariamente á seguir un nuevo rumbo y á arrojarse en brazos del azar. Entonces sintió una hondísima y desconsoladora tristeza, y se echó á llorar como un niño. La joven le veía llorar con asombro, sin atreverse á romper el silencio. Sonaron en la escalera pasos de los huéspedes que volvían, y ella fué á la puerta á ver si estaba bien cerrada; volvió junto á la mesa de noche y apagó el moribundo cabo de vela, que se derretía sobre la piedra de mármol, para que no vieran luz encendida los que entrasen. Luego se acercó á Pío Cid, le cogió á tientas la cabeza, se sentó sobre sus rodillas, le echó un brazo por el cuello y comenzó á besarle los ojos para enjugarle las lágrimas.

TRABAJO SEGUNDO

Pío Cid pretende gobernar á unas amazonas.

Azarosa fué por demás la vida del capitán de infantería D. José Montes, y si hubiera de referirla punto por punto, tendría materia sobrada para llenar varios volúmenes. No más que con la relación de los traslados que sufrió en su carrera, desde que la comenzó de soldado raso á mediados de siglo, hasta que se retiró de capitán graduado de comandante á los cincuenta años de servicios, y con la descripción de los disgustos que le dió D.^a Socorro, su mujer, en veintitantos años que le duró á la infeliz señora una enfermedad crónica de la matriz, que la tenía siempre en estado de excitación insoportable, habría asunto para escribir una docena de capítulos, llenos de abusos é injusticias, de dolores y de miserias. El capitán Montes fué perpetuamente el tipo del hombre obscuro, que se halla en todas partes, y á quien nunca le ocurre nada digno de mención. Su vida era una proeza continuada, y no había ninguna proeza en su

vida. Estuvo en la guerra de Africa, en el Norte y en Cuba, y nunca tuvo ocasión para lucirse, como él hubiera deseado, ya que no por su inteligencia, que era mediana, ni por su pericia, que era la de un militar rutinario, por su corazón, que era de buen temple. ¡Qué remedio! No tenía fortuna, y tuvo que tener paciencia y subir paso á paso y quedarse en los primeros escalones. Pero como el capitán Montes, aunque pobre y sin fortuna, era un hombre á la buena de Dios y con su pizca de filosofía, se consideraba venturoso en medio de sus contrariedades, y decía continuamente que si mil veces volviera á nacer mil veces haría lo mismo que había hecho, incluso casarse con la que fué su mujer, la cual, aunque le dió muchos malos ratos, tenía un corazón de oro y había sido una madre como pocas. Así, cuando al buen capitán le llegó la hora de morir, en Murcia, al lado de su hija Candelaria, con la que se fué á vivir cuando se quedó viudo, cuentan que mandó llamar á un capellán castrense, llamado Don Gualberto González, que era su mejor amigo, para tener con él una última entrevista y cumplir los deberes de buen cristiano. Como su amigo le conocía muy á fondo, no tuvo la entrevista el carácter de una confesión, sino que ambos platicaron largamente con familiaridad y tan sin reserva, que Candelaria oyó gran parte de las razones que su padre tuvo en aquella hora suprema, y recordaba

siempre la serenidad con que, resumiendo toda su vida, dijo:

«Yo no sé si será vanidad esta pretensión mía; pero crea usted, amigo D. Gualberto, que ahora que me veo tan cerca de cerrar el ojo, estoy más satisfecho que nunca de mi conducta y más convencido de que he hecho cuanto me tocaba hacer en el mundo. Mi pobre Socorro me echaba siempre en cara mi falta de resolución, y hubiera querido que yo llegara á general, puesto que otros sin valer más que yo llegaron, Dios sabe cómo; y claro está que á mí me gustaría dejar á mis hijos un nombre enconpetado, y que les diera más lustre que el que puede darles el de un oscuro capitán, que es lo más que yo he podido ser; pero al menos mi nombre es honrado como el primero y en mi hoja de servicios consta que yo permanecí siempre fiel á la disciplina; y habiendo estado en medio mundo, y nunca con muchos haberes, tengo el orgullo de no deberle nada á nadie y de no haber dejado á nadie un mal recuerdo mío. A mi mujer no le faltó nada en su larga enfermedad con que Dios quiso probarla á ella y probarnos á todos, y mis cinco hijos quedan colocados y no necesitan ya de nadie. Ricardo, el mayor, sigue en Barcelona, y ahora parece que sentó los cascós y que tiene un destino bastante decente en una oficina de Seguros. Ya sabe usted lo calavera que me salió este pícaro de Ricardo y lo mucho que me ha dado que hacer

y lo que yo he bregado para ver de darle una carrera formal; siquiera he conseguido que sepa bien de pluma y cuentas, y con esto y con su don de gentes, creo que no le faltará nunca que comer. Por el que estoy más tranquilo es por Luis, porque éste tiene su carrera; y aunque pasa sus apuros, y más ahora que está en Madrid, donde con el sueldo de teniente no hay para empezar, pronto ascenderá y mejorará algo. Ahora le he escrito para quitarle de la cabeza la idea que tiene de pedir para Filipinas, porque yo soy perro viejo y estoy al cabo de lo que pasa en Ultramar. El Pepe me salió poco hábil para los estudios, y no pudo entrar en la Academia, pero él se ha sabido buscar la vida; se pasó á la Guardia civil, y ahora lo tiene usted en Cuba muy bien casado y muy contento. Este era el mejor de todos, y yo estoy seguro de que será el más feliz, porque, desengáñese usted, D. Gualberto, para mí la primera cualidad del hombre es la bondad, y aunque se diga que los pillos prosperan, me río yo de estas prosperidades; al fin el que es bueno es el más estimado de todo el mundo, y aunque no consiga glorias del otro jueves, consigue vivir á gusto y hacer felices á los que le rodean. Con las mujeres es otra la canción; no tienen más salida que casarse, y si le digo á usted la verdad, ninguna se casó completamente á mi gusto. Este Colomba no es malo, usted le conoce de sobra; pero es un hombre sin pies ni cabeza y con el que no se

puede contar para nada; menos mal que tiene para vivir con desahogo, y á mi Candelaria, ya que pasa sus tragos, al menos no le falta nada y podrá educar bien á mis nietas, que en verdad lo merecen, porque lo que es la Candelita en particular, esto no es ceguedad de abuelo, va á ser un prodigio. Usted sabe los disgustos que sufre mi Candelaria y la saliva que yo he tenido que tragar para no enviar á mi yerno á paseo; pues bien, más tranquilo me moriría si tuviera á mi Justa á mi lado, casada con otro Colomba, aunque fuera con otro un poco peor. Las hermanas creen que Justa es la afortunada de la familia, y casi le tienen envidia por pensar que está nadando en oro; pero un padre no se equivoca, y cuando á mí no me ha entrado nunca el fantasmón de mi yerno, por algo será. En fin, nada es perfecto en este mundo, y quizás yo peque de caviloso. Después de todo, ¿qué más puedo apetecer que dejar á mis dos hijas puestas en estado? Peor sería que se quedaran solteras, con una miserable pensión y expuestas á mayores calamidades. Aunque estén mal casadas, las mujeres ganan siempre teniendo al lado un hombre que les dé sombra; así, por este lado me puedo también morir tranquilo, aunque á ratos me aflija el pensar que las mujeres nunca tienen asegurado el porvenir, y que, por mucho que un padre haga por sus hijas, tiene que confiar su suerte á manos extrañas.»

No eran vanos estos presentimientos del

honrado capitán, y si hubiera vivido algunos años más, su muerte, turbada sólo por las leves dudas que asaltaron su espíritu de padre previsor, hubiera sido amargada por las desdichas que cayeron sobre los suyos y contra las que no había ningún remedio. La primera víctima fué su hija Justa, que vivía en Matanzas, casada con un cubano rico, el fantasmón que tan poco simpático era á su suegro.

Los casamientos de Candelaria y Justa habían sido motivo de grandes disgustos domésticos. D. José buscaba ante todo la hombría de bien, y por su gusto las hubiera casado con dos medios novios que tuvieron en Sevilla, donde estaba destinado cuando las niñas comenzaron á pollear; pero D.^a Socorro no quería apresurar las cosas, esperando la llegada de los soñados príncipes que sus hijas se merecían; y si no príncipes, personas de mérito y posición.

—Ya que yo me he sacrificado—decía—junto á un hombre muy bueno, pero muy nulo, como tú eres, deseo que á mis hijas no les ocurra lo propio y que me dejes á mí decidir lo que les conviene.

Á D.^a Socorro se debió, pues, la decisión, puesto que las niñas, particularmente Justa, no tenían más voluntad que la de su madre.

Candelaria se casó en Murcia, á los veintidós años, con un novio que le habló poco más de dos meses y que á D.^a Socorro le entró por el ojo derecho. Llamábase Fermín

Colomba y era mallorquín de origen y de familia de pocos pergaminos; su padre ó abuelo, el que primero vino á Murcia, era panadero, y amasando tortas y bollos de Mallorca comenzó á reunir la fortuna, que el padre de Fermín hizo crecer como la espuma. Fermín, como muchos hijos de industriales enriquecidos, salió con pájaros en la cabeza y despreciaba no sólo las industrias, sino hasta el dinero que en ellas se ganaba, siendo su sueño dorado el arte, en el que no hubo rama que no picoteara. Sabía algo de música, pintaba bien, se las daba de literato y era un poquítín escultor; tenía, pues, varias habilidades inútiles y distinguidas, unidas á la promesa de heredar una fortuna no muy distinguida, pero en ningún modo despreciable, y D.^a Socorro vió colmada la medida de su deseo. Poco después del casamiento fué trasladado de nuevo D. José á Sevilla, que era la ciudad de su predilección, por haber nacido allí Doña Socorro y dos de los hijos, Justa y Pepe. Apresuraron el viaje á fin de llegar para la feria, y el mismo día que llegaron conoció Justa al que había de ser su esposo. Era éste un jovenzuelo de veinte años (algunos meses menos que Justa), de bella y arrogante figura y con humos de potentado. Se firmaba Martín de Gomara, y decía ser hijo único de una de las familias más ricas de la Habana. Tomábasele á primera vista por extranjero, pues se había educado en Inglaterra, y hacía

gala de su extranjerismo para singularizarse; y á poco que se hablara con él se notaba que era un buen muchacho con pretensiones de hombre corrido y hastiado ya de todo lo que da de sí la vida.

La muchacha más descontentadiza se hubiera enamorado del joven D. Martín, sobre todo si tenía la desgracia de verle fumar, pues con dificultad se hallaría quien supiese manejar como él un cigarro; lo cogía con extremada delicadeza, lo encendía con autoridad, lo chupaba con petulancia, arrojaba el humo como un déspota y escupía después con aire tan marcado de desprecio, que parecía ofender personalmente á cuantos cerca de él se hallaban. Nada tiene de extraño que Justa se enamorara ó se encaprichara; pero en cuanto á D. Martín, no se comprende que cayera tan fácilmente en las redes de una joven pobre y peninsular por añadidura, siendo vano y pretencioso hasta dejárselo de sobra y detractor sistemático de la Península. Él aseguraba que todo lo había hecho por dar un disgusto á su madre, contra la que estaba ofendido por asuntos de familia. Como no tenía padre, ni se dejaba gobernar por su madre, estaba acostumbrado á hacer su santa voluntad, y en los últimos meses se le había ocurrido probar fortuna en el juego; después de varias alternativas salió de la broma empeñado y comprometido, y tuvo que acudir á su madre; ésta pagó sin replicar, y desde

aquel día puso al hijo á media dieta, sin atender los ruegos ni hacer caso de las amenazas de suicidio con que le molía el alma todos los correos. Estaba, pues, D. Martín muy bien dispuesto para cometer un disparate, y el que se le ocurrió, decía él que fué llevarse á Justa y hacer una que fuera sonada. Pero Justa no se dejó robar, sino que, con el aprendizaje que tenía en las artes del amor y con el valioso auxilio de su expertísima mamá, no tardó dos semanas en volver tarumba al incauto D. Martín, quien ni siquiera comprendía lo que le pasaba. Él no estaba acostumbrado á sufrir, y le tenía verdadero miedo á todo lo que fuera incomodidad ó malestar; así, pues, se enfurecía consigo mismo viendo que muchas veces iba á pasear por la ciudad, y después de mil vueltas y revueltas se hallaba, sin saber cómo, debajo del balcón de aquella muñeca de Justa; y que si ésta no se asomaba, quizás intencionadamente, por hacerle sufrir, perdía él el apetito hasta el día siguiente y no dormía tampoco pensando si al día siguiente sería más afortunado. Todas las inocentes necedades que cometen los novicios en amor las cometía D. Martín sin darse cuenta, y creyendo en su orgullo cándido que estaba corriendo una original aventura, hasta que un día comprendió que sufría realmente y que tenía necesidad absoluta de poseer á Justa para que se le quitara su congoja, y sin pensarlo más, como hubiera podido apuntar á una car-

ta que creyera había de salir, escribió á su madre pidiéndole permiso para casarse, bajo la amenaza habitual de suicidarse si se lo negaba. Su madre no se lo negó; al contrario, se mostró complacida de que alguien viniera á ayudarle á gobernar á su incorregible retoño, y sólo le recomendaba que no se apresurase y que supiera bien en qué familia iba á meterse. En el acto se presentó D. Martín en casa del capitán Montes, que estaba ya avisado por su hija y aleccionado por su mujer, y solicitó casarse con Justa como hombre que trae los papeles debajo del brazo y tiene que aprovechar el tiempo. El capitán no veía con buenos ojos aquella precipitación; pero D.^a Socorro había escrito ya á la Habana, donde tenía algunas relaciones por haber vivido allí algunos años con su marido, y sabía que D. Martín, salvo lo de ser un poco calavera, ni más ni menos que todos los jóvenes, era un bellissimo sujeto y un partido inmejorable en toda la extensión de la palabra. Se marcó, pues, un plazo para pedir informes, sólo por cubrir la fórmula; el casamiento se celebró á los dos meses, y los recién casados salieron de la iglesia para embarcarse en el vapor que desde Cádiz les condujo á la Habana.

Tuvo Justa la suerte de dar con una suegra buenísima, con la que ligó muy bien, no sólo por simpatía natural, sino porque á ambas las unían los disgustos que les daba Don Martín á diario con sus exigencias; aunque

éste algo mejoró con el casamiento, seguía siendo caprichoso y voluble, y dominado siempre por la manía del derroche inútil, como si le espoleara el deseo de liquidar pronto su fortuna.

«Yo no me veré nunca en la miseria—aseguraba—pues no he nacido para sufrir privaciones. De un modo ó de otro nunca me faltará, y si me faltara me suicido, y no hay más que hablar.» Al año de casado volvió á España con su mujer, y después de pasar algunos días en Sevilla y Madrid fué á Barcelona, donde tenía algunos amigos; se le ocurrió poner casa para venir todos los años una temporada, y sin más preámbulos lo puso por obra y se instaló con gran rumbo, como él hacía todas las cosas. Allí volvió D. Martín á entregarse al juego, y se hallaba tan á gusto en su nuevo centro de operaciones, que no se hubiera movido de él sin una circunstancia que le llenó de regocijo. Su mujer se quedó embarazada, y D. Martín decidió que el hijo que naciera no debía ser peninsular, y dispuso el viaje á la isla para cuando el embarazo estuviera bastante adelantado; y tanto quiso apurar las sesiones del tapete verde, que la buena de Justa dió á luz en alta mar, á poco de pasado el golfo de las Yeguas, temido de todos los que cruzan el Océano hacia las Antillas y tienen la desgracia de marearse. Así nació la criatura, que fué bautizada con el nombre de Martina, en Matanzas, donde á la sazón se había ido á vivir

la abuelita, para estar más al cuidado de su ya mermada hacienda.

Después de aquel primer viaje fué un no dejar de ir y venir, y acaso pasaron de veinte las veces que D. Martín y su familia surcaron el Océano, que para ellos vino á ser cosa de juego también. Justa todo lo soportaba sin quejarse, porque había ido perdiendo poco á poco la escasa voluntad que tenía, y hasta se acostumbró á sufrir malos tratos de palabra y de obra cuando su marido llegó á estos extremos, exasperado contra sí mismo y contra todos por las continuas zozobras de su vida inquieta y desordenada. La pérdida de un niño que le nació dos años después que Martina, y en el que tenía puesto todo su orgullo, le retuvo algún tiempo al lado de la abuela, que se había quedado casi impedida; pero la muerte de ésta le dió nuevas alas, y después de un luto cortísimo, volvió á Barcelona á disipar la herencia. Así fueron pasando los años, unas veces en alza, otras hundidos y entrapados, hasta que el mismo D. Martín se encargó, según lo había mil veces anunciado, de dar fin á su infeliz existencia. Justa decía, sin embargo, que no había habido suicidio, sino que su esposo se hallaba en cama gravemente enfermo y que se había quitado la vida en un acceso de fiebre tirándose por una ventana, sin que los que estaban á su lado tuvieran tiempo para impedirlo. En los momentos lúcidos de la enfermedad, que fué la única

que tuvo en más de veinte años de matrimonio, se mostraba cambiado y arrepentido de sus locuras, y su mujer estaba convencida de que si se hubiera curado hubiera sido muy otro de como fué hasta entonces.

Muerto D. Martín, su esposa y su hija, que ya estaba hecha una mujer, se hallaron solas en Matanzas, casi en la miseria, pues la enfermedad había dado al traste con lo poquísimos que quedaba. Realizaron los muebles y se fueron á la Habana, donde tenían algunos parientes, y éstos, por quitarse la carga de encima, les aconsejaron marcharse á España y les dieron para el viaje y para los primeros gastos que tuvieran hasta llegar á Madrid, que era el punto que Justa había elegido. Con su hermano Ricardo no había que contar, pues ella le había tenido casi siempre á su cargo en Barcelona; Pepe, el menor, que estaba en un pueblo no lejos de la Habana, era bueno, pero tenía un sueldo miserable y mucha familia, y además Justa había tomado horror á la isla, y lo que quería era ir á España, que por estar más lejos le parecía mejor. En Madrid estaba su hermano Luis, y con su ayuda podrían hallar alguna salida, y por lo pronto hacer algunas gestiones para obtener la pensión á que, por parte de su padre, creía tener derecho como huérfana y viuda. Así, pues, se embarcaron madre é hija y emprendieron su último viaje á España; llegados á Santander, tomaron el primer tren

para Madrid, y desde la estación del Norte fueron directamente á casa de Luis, que vivía en el extremo del barrio del Pacífico, creyendo darle una sorpresa, pues no le habían avisado de la llegada. Pero la sorpresa, y dolorosa, fué la de las viajeras, que hallaron el piso desalquilado, y por un vecino de la casa supieron que Luis, con su mujer, había salido para Filipinas pocos días antes, y que acaso en aquel momento se estaría embarcando en Barcelona. Justa no sabía qué hacer, hasta tal punto la turbó aquel desencanto; pero Martina tuvo una idea que creyeron salvadora: irse por lo pronto á una casa de huéspedes y escribir á su tía Candelaria, explicándole lo ocurrido y preguntándole si quería que se fuesen con ella á Murcia, puesto que en Madrid solas, sin conocer la población ni poder siquiera moverse, y, lo que es peor, sin recursos, no les podía suceder nada bueno. Decidido así, en el acto encargaron al cochero que las llevase á una casa decente y modesta, pues ellas no conocían ninguna, y éste las condujo á una de la calle de Tudescos que era modesta, aunque no muy decente del todo. Por fortuna el hospedaje no duró ni veinticuatro horas, porque las atribuladas mujeres tuvieron un encuentro feliz, de esos que no ocurren más que en Madrid y en la Puerta del Sol. Almorzaron de prisa y mal, escribieron la carta entre las dos, con muchas frases cariñosas de Martina para su tía y primas, á quienes no ha-

bía visto nunca más que en retrato, y, después de informarse de por dónde se iba al Correo, fueron á certificar la carta para estar más seguras de que llegaría á su destino. Despachada tan urgente comisión, volvían pies atrás por la calle de Carretas, donde un pilluelo pretendió darles el timo de la sortija, de tal suerte se les conocía el aire forastero, y al llegar á la esquina de Gobernación oyó Justa que alguien le decía:

—No puedo equivocarme, usted es D.^a Justa, lo estoy viendo y casi no lo creo.

—¡Usted, D. Narciso, por aquí!—exclamó D.^a Justa.—Sin duda el cielo le envía á usted. ¿Quién podía esperar este encuentro, niña?—añadió, dirigiéndose á Martina.—¿Tú no conoces á nuestro amigo Ferré?

—Vaya si le conozco—respondió Martina;—si le he visto antes de que se acercara, y te lo iba á decir.

—Pues yo he notado que me mirabas—dijo D. Narciso,—y casi estaba tentado de echarle un piropo. ¡Válgame Dios y qué buena moza estás; quién diría que yo te he tenido en brazos mil veces! ¿Pero de dónde has sacado esos ojos, chiquilla? Vaya, váya.....; pero ahora veo que van ustedes enlutadas; ¿qué desgracia han tenido? ¿Quizás Martín, que me dijeron que estaba allá muy enfermo?.....

Doña Justa bajó la cabeza con aire compungido y Martina contestó:

—Sí, señor; hará pronto tres meses.

—¿Y cómo están ustedes en Madrid?—preguntó D. Narciso.

—Hemos llegado esta mañana creyendo encontrar á mi hermano Luis—contestó D.^a Justa,—y para que la desgracia sea mayor, se ha ido á Filipinas. Estamos en una casa de huéspedes, pero pronto nos marcharemos á Murcia con mi hermana Candelaria. Ahora venimos del Correo, de dejar una carta para ella, y en cuanto conteste nos iremos, á no ser que ocurra otra nueva contrariedad..... Porque bien vengas, mal, si vienes solo.

—Pues mire usted, D.^a Justa, yo siento en el alma la pérdida que han sufrido, porque estimaba á Martín y porque le debía atenciones de esas que con nada se pagan. A cada uno lo suyo, y él, aunque tenía sus defectos, como todo el mundo, era un hombre generoso, de los que hoy ya no se gastan. Y ya que yo no pueda hacer grandes cosas, porque desgraciadamente los negocios están cada día más malos, no permito que sigan ustedes ni un momento más en una casa extraña teniendo yo la mía, en la que hay sitio para todos. No le ofrezco á usted ningún palacio, sino un pobre piso, allá en el quinto cielo; pero la voluntad no puede ser mejor ¡Y poco contenta que se pondrá Catalina cuando las vea; tantas veces como hablamos de ustedes en casa!

—Pero D. Narciso—replicó D.^a Justa, que no podía ocultar su gozo,—¿cree usted que no hay más que meterse dos personas por las

puertas? Con mil amores aceptaría yo, pues ya ve usted que me encuentro aquí con esta criatura sin conocer á nadie más que á usted. Cuento con que iremos todos los días á su casa y que el tiempo que estemos aquí les molestaremos más de lo debido; pero, la verdad, yo sé lo que es una casa, y no quiero darle un mal rato á Catalina, haciéndole poner las cosas de arriba abajo.

—Es inútil cuanto hable usted—insistió Don Narciso;—ó somos ó no somos amigos. Hasta me ofende que ande usted con esos reparos, porque creo que revelan falta de confianza. Vamos todos á casa, y yo me encargaré de que recojan el equipaje.

Y todos juntos se encaminaron á la calle de Villanueva, donde D. Narciso vivía en un piso cuarto de una casa elegante, aunque de construcción endeble, de esas de tente mientras cobro.

Por muy poco estable que fuera la casa, menos estables debían ser los inquilinos del piso cuarto. D. Narciso estaba en tratos con un amigo de Barcelona para emprender un negocio que á él se le había ocurrido, y esperaba no estar en Madrid para primero de año. Y D.^a Justa estaba pendiente de la contestación de su hermana y creía ir á Murcia para pasar la Nochebuena. Y el día que llegó á Madrid era el de la Concepción. Pasaban, pues, aquellos días, como quien vive en el aire; formando planes para el porvenir y recordando

los buenos tiempos en que ambas familias vivían en Barcelona, cuando D. Martín daba de comer espléndidamente á sus amigos y Don Narciso andaba en empresas teatrales, que le daban para vivir bien y le permitían tratarse con lo mejor de la sociedad. Actualmente el buen hombre, después que el negocio se le torció, trabajaba como comisionista, y pretendía montar una empresa editorial, por un nuevo sistema de repartos, á medias con un editor barcelonés. D.^a Catalina, que era una mujer muy apocada y envejecida por los disgustos, soñaba en el día de volver á Barcelona, donde tenía su hijo único, empleado en un escritorio; no se alegró poco la buena señora de pasar aquellos últimos días acompañada por D.^a Justa y Martina, con las que podía desahogarse con la confianza que á todas ellas les daba su antigua amistad y su presente y común miseria. Recibió D. Narciso la carta que decidía favorablemente su proyectada empresa y su marcha de Madrid, y se decidió despedir la casa y partir todos el mismo día, supuesto, como se debía de suponer, que fuera también favorable la anhelada contestación de Candelaria, á la que D.^a Justa había escrito, además de la primera, otra carta en que le daba cuenta del encuentro con D. Narciso y del cambio de casa. La respuesta se hizo esperar seis días, y al fin llegó certificada bajo sobre de luto, que sobresaltó á D.^a Justa, aunque Martina le decía: No te so-

foques sin motivo, que el luto será por papá. Abre y lo verás. Y abrieron, y la carta decía así puntualmente:

«Mi queridísima Justa:

»Con una pena que no puedes figurarte leo tu carta de la isla, dándome cuenta de tu terrible desgracia, pues la tuya llegó á mi poder cuando no habían pasado dos semanas de la muerte de mi pobre Fermín. Mira qué estrella la nuestra, que después de lo pasado, que ahora no hay para qué recordarlo, nos quedamos viudas las dos, con ocho días de diferencia y, como quien dice, en medio de la calle. Yo te escribí á Matanzas, pero, por lo visto, la carta no llegó á tiempo. Así es que me sorprendió tu carta de Madrid y me hizo llorar lo que no puedes imaginarte, viendo que á mis apuros se juntaban los tuyos, y que, además de los disgustos que estoy pasando, tenía que decirte que no vinieras. Dios sabe lo que hubieras pensado de mí, porque las cosas mientras no se ven no se comprenden. Pero ya sabes que yo, aunque me esté mal el decirlo, no me he cortado nunca por nada, y, después de pensarlo un rato, dije: lo que sea de una será de otra, yo me voy á Madrid á ver lo que Dios dispone. Ya debía estar ahí, por eso no te he escrito, por llegar de repente; pero el viaje se me retrasa unos días, y te escribo porque estarás inquieta y por lo que me dices de la marcha probable de la familia

Ferré. Si se van, ya lo sabes: no dejes el piso. He facturado ya los muebles para que lleguen al mismo tiempo que yo, y arreglaremos el cuarto como mejor podamos. A todo esto dirás que estoy loca, porque no sabes lo que aquí pasa. Ya te lo explicaré cuando llegue. Sólo te digo que tú eres feliz con haberte quedado sin nada, pero sin quebraderos de cabeza, mientras que yo no sé si me costarán una enfermedad las irritaciones que me ha dado la familia de Fermín. Dios le tenga en su santa gloria, que él ha tenido parte de la culpa por lo confiado que fué siempre en cuestiones de intereses, creyendo que todos eran como él, cuando su familia es una chusma, y no digo más. El mejor es el cuñado, que cuando se casó era un don nadie, y ahora, aunque se ha subido de punto, sabe guardar algunas consideraciones; pero la hermana es una desollada insufrible, y las niñas cortadas por la misma tijera. Yo sé bien que si me metiera por las puertas me recibirían con los brazos abiertos, porque en el fondo lo que tienen es envidia; pero no es la hija de nuestra madre la que ha nacido para vivir á cara de nadie, y en llegando á hablar de orgullo nadie me gana. Se han dejado decir que todo lo que nos correspondía por parte de los abuelos lo ha ido tomando Fermín á cuenta, conforme le hacía falta, además de lo que daba la hermana por haberse quedado sola con el negocio, y hasta que tienen dado de más, y que

no han dicho nada durante la enfermedad de Fermín porque se hacían cargo de nuestra situación. Pero que no pueden seguir sosteniendo otra casa de familia además de la suya. Todo, ya te lo digo, porque nos vayamos con ellos y bajemos cabeza. Ya les he dicho que yo me voy á Madrid, y que deseo un arreglo amistoso, aunque los abogados dicen que si yo quiero, puedo reclamar y darles un disgusto. Figúrate que ni siquiera está hecha la partición de lo que dejaron los abuelos, lo que tendría que moverse ahora. Pero yo no quiero pleitos, y luego que todo esto duraría mucho, y, puestos de malas, no sé cómo íbamos á sostenernos aquí las cuatro. Yo pasaría por todo, pero las niñas dicen que en otra parte harían cuanto fuera menester, pero que aquí les da fatiga. Además, la Paca está, como sabes, mal de la vista, y cada día peor; y dicen que convendría que la viera algún buen oculista de Madrid, pues todavía tiene cura. Desde que les he dicho que ya es seguro que nos vamos, están que no saben lo que les pasa, deseando por horas y momentos salir de aquí, y concerté á ti y á Martina. Os envían un millón de besos y yo otros tantos. La detención del viaje consiste en que tengo que arreglar el asunto de que te hablo para ver de contar con algo, aunque sea poco. Un amigo muy antiguo de papá (q. e. p. d.), llamado D. Gualberto, se ha encargado de hablar por mí con mi cuñada y dice que él la convencerá de que deben

de nombrarme alguna pensión, siquiera hasta que las niñas se casen. Esto sería lo mejor. No tengo tiempo para escribirte más. Como pronto nos veremos, ya te contaré cosas que te parecerán increíbles, y tú me contarás también las tuyas. ¡Si nuestros padres vivieran y nos vieran ahora teniendo que vivir, como quien dice, á expensas de unos y de otros y con la carga de cuatro criaturas! Por ellas lo siento yo más que por nosotras, que de cualquier modo nos arreglaríamos. Y ¿qué me cuentas de Luis, haberse ido á Filipinas, tanto como papá trabajó para quitárselo de la cabeza? Si estuviera en Madrid, aunque no pudiera ayudarnos, siquiera sería un hombre á quien acudir; porque para ciertas cosas las mujeres no servimos. En fin, hay que hacer de tripas corazón, y cuando Dios nos pone en este aprieto, Él sabrá porqué lo hace, y Él se encargará de iluminarnos y de darnos fuerzas y ánimo para salir adelante.

»Me parece mentira que pronto vamos á vernos juntas después de tantos años de separación. ¡Quién sabe si nuestras desgracias serán motivo de que mejoremos de fortuna! En fin, no queda papel para más; mil besos y abrazos de las niñas y de tu hermana, que con alma y vida te quiere,

»CANDELARIA.»

En uno de los márgenes decía además la carta: «Llegaré por la mañana para poder de-

dicar el día á recoger los muebles de la estación y arreglar, por lo menos, las camas para no tener que dormir en el suelo.» Y en otro venía esta nota: «No te digo fijamente el día de mi llegada porque no lo sé. Quizás no te avise para llegar sin que me esperes.» Además había una esquila para Martina, en la que las primas le decían:

«Querida Martina:

»Ya te dirá tu mamá que muy pronto vamos todas á Madrid, de lo que te alegrarás tanto como nosotras. Estamos muy tristes desde la muerte de papá, y tú estarás lo mismo. Ya nos consolaremos las unas á las otras, y procuraremos desechar nuestra tristeza viviendo juntas como buenas hermanas. Yo no te conozco todavía y ya te quiero mucho, como todas. Estoy deseando de ir á esa para conocerte y para ver si me curo del mal que tengo en la vista. Dicen que si se deja pasar el tiempo quizás me quedaría ciega. Hazte cargo la pena que tendré, que no hago más que llorar, y esto me pone peor. Adiós, querida prima; recibe un beso y un abrazo muy apretado de tu prima

»PACA.»

«Simpática primita: Todas te hemos agradecido en el alma las cosas tan cariñosas que nos dices en la carta de tu mamá. Parece mentira que no nos hayamos visto nunca, que-

riéndonos tanto como nos queremos. Yo te aseguro que te veo como si te conociera, y que estoy enamoradísima de ti por tu retrato de hace tres años, y me figuro que estarás aún más bonita. Dice mamá que eres el vivo retrato de tu padre, que tenía fama de guapo y arrogante. Ya nos contarás cosas de los países que has visto, sobre todo de Cuba, que me gusta al perder. Antes de la enfermedad de papá aprendí á cantar las guajiras que me enviaste. Son lindísimas. En cuanto vaya á Madrid, como pueda, iré al Conservatorio, pues tengo pasión por la música y el canto, y mamá dice que podía hacer muy buena carrera. ¿Y tú, has perdido ya la afición? No me dices nada. Verdad es que no estarás de humor para pensar en esto. Yo tampoco hago nada desde hace más de tres meses, ni están las circunstancias para hablar de estas cosas. Sueño pensando en que nos vamos á ver al fin. Que fuera para vivir siempre juntas es lo que desea tu prima, que te quiere muchísimo y te envía mil besos,

»CANDELARIA.»

«Mi queridísima prima:

»Ya ves lo egoístonas que son Paca y Candelita, que no me dejan más que dos renglones. Cuanto te dicen ellas te lo repito yo, y además te envió un millón de abrazos y caricias, y te beso en los ojos, que nos tienen á todas chifladas. Adiós.

»VALENTINA.»

No se puede saber á punto fijo las veces que la carta y la esquelita fueron leídas y releídas, sin comprender si era malo ó bueno lo que anunciaban. Martina estaba entusiasmada con la idea de reunirse todas en Madrid; D.^a Justa no las tenía todas consigo, aunque se le quitaba un peso de encima con la llegada de su hermana, la cual, como más lista y resuelta, sería la directora del cotarro, y pensaría, buscaría y revolvería por todas, y más y mejor que todas juntas. D. Narciso, enterado del caso, creía un solemne disparate la reunión de seis mujeres solas en Madrid sin otro recurso que la imaginación.

—Tal vez—decía á D.^a Justa—su hermana de usted traiga algunos fondos para vivir los primeros meses, y entonces menos mal; pero, aun así y todo, mejor sería establecerse en una ciudad pequeña; porque aquí, en Madrid, el dinero se va sin sentir, y antes que ustedes conozcan el terreno y decidan lo que van á hacer, el dinero se les habrá volado y se encontrarán en un callejón sin salida. De todos modos, nosotros deseamos conocer á su hermana y sobrinas, y puesto que han de venir, las esperamos, y el mismo día que lleguen por la mañana, nos vamos por la noche, y ustedes quedan dueñas de la casa. Y si no pueden seguir aquí, en Barcelona estoy; no tienen más que ir allá y disponer de mí en lo poco que yo valgo.

Dos días después de la carta, muy tempra-

no, cuando todos dormían aún, excepto Doña Catalina, que se había levantado para ir á la compra, entraron por las puertas de la casa las cuatro viajeras, sin mover ruido, porque, al saber que D.^a Justa y su hija dormían, quisieron sorprenderlas en la cama. Traían consigo sólo el equipaje de mano: dos maletas y dos sombrereras, una cestita con pan y algunos fiambres, y un gran cestón de tapaderas muy cosido, que D.^a Candelaria se apresuró á abrir cortando las puntadas de hilo bramante con un cortaplumas para dar suelta á cinco gatos que allí encerrados venían, y que comenzaron á arquear el lomo y estirar patas y rabo con desperezos y maullidos, más de hambre que de entumecimiento.

—Cinco huéspedes más—dijo D.^a Candelaria, viendo el gesto de extrañeza de D.^a Catalina.—Ya ve usted, no hemos tenido corazón para abandonarlos. Todos han nacido en casa, y mi Valentina los quiere mucho. Pero vamos adentro..... ¿Por dónde? ¿Hace usted el favor, D.^a Catalina?

—Por aquí..... Pasen, pasen..... Esa puerta de enfrente es de la alcoba.....

Al decir esto, aparecía D.^a Justa en camisa, gritando, riendo y llorando, todo á un tiempo; y mientras se abrazaba á su hermana, sus sobrinas se metían en el dormitorio y despertaban á abrazos y á besos á Martina, que sentada en la cama, con los ojos atontados, chillaba de gusto y sorpresa. Entraron las

mamás en la alcoba, y mientras los gatos hacían coro á la puerta, arañando para entrar también con sus amas, y D.^a Catalina iba á despertar á su marido, D.^a Justa y su hija se echaban una bata, se recogían el cabello con cuatro horquillas y se calzaban apresuradamente para poder atender con todos sus cinco sentidos al diluvio de preguntas que se les hacían y hacer otras tantas por su parte. Salieron todos á la sala, y las viajeras se aligeraron un poco de ropa, como quien se encuentra ya en su casa.

—¡Válgame Dios!—dijo D.^a Justa.—Después de tanto tiempo, sigues con la manía de los gatos, como cuando tenías la coja y la morisca, que dormían contigo en la cama.

—Ahora no soy yo—contestó D.^a Candelaria,—es esta Valentina, que por parecerme más, me ha salido hasta en eso. Y ¿qué me dices de mis niñas? Yo á Martina la encuentro guapa de verdad. Es pintiparada á su padre; pero con más expresión en los ojos y la nariz un poquito acaballada, como todos los Montes. Y luego ese pelo tan negro, más negro que el azabache. Vaya, que puedes estar orgullosa.—No os ofendáis, feas mías—agregó dirigiéndose á sus hijas;—pero Martina es más guapa que vosotras. A mí el amor de madre no me ciega.

—Pues las tuyas—dijo D.^a Justa—no tienen nada que envidiar á nadie, no digas. Lo que me extraña..... Vamos, que yo no creía que tú

tuvieras hijas tan rubias. En particular Candelita, parece una espiga de oro. Verdad es que Fermín era rubio y blanco como pocos hombres he visto yo..... Pero encuentro que la que más se parece á ti es Paca. Valentina tiene más de mamá; fijate en la frente, y sobre todo en el entrecejo; es materialmente una haba partida.

El diálogo encomiástico de las mamás y el coloquio pueril que en voz más baja sostenían las primitas, fueron interrumpidos por Don Narciso y su mujer, con cuya llegada la conversación cambió de tono, porque D. Narciso, después de los saludos, deseó aprovechar el escaso tiempo que le quedaba que estar en Madrid para aconsejar á aquella familia, que bien lo había menester. D.^a Candelaria todo la hallaba llano y fácil, y no porque contara con nada seguro, pues con sorpresa supieron todos que el arreglo convenido por D. Gualberto con la hermana de Fermín consistía en que ésta diera doce duros mensuales por trimestres anticipados, y parte de los primeros treinta y seis duros se había ido en el viaje. De suerte que hasta Marzo sólo quedaba el resto y unos cuantos duros que tenía D.^a Justa, con todo lo cual no había ni para acabar el mes. Sin embargo, decía D.^a Candelaria que con aquella insignificante pensión no se podía vivir en ninguna parte, y que para tener que buscarse la vida, convenía un centro cuanto más grande mejor, donde hubiera mundo y donde cada

cual pudiera hacer lo que le diese la gana, sin críticas ni murmuraciones de nadie. En fin, á lo hecho, pecho. La necesidad es la mejor consejera, y lo que seis mujeres no discurrieran, no sería capaz de discurrirlo ni el mismo diablo en persona. La vanidad de D.^a Candelaria fingía verlo todo de color de rosa, aunque, á decir verdad, la procesión iba por dentro.

Dedicaron aquel día al cambio de muebles. Los que se iban embalaron unos pocos suyos y devolvieron los más, que eran alquilados, dejando sólo algunos chismes de cocina, que no valían la molestia de transportarlos, y las que se quedaban distribuyeron provisionalmente los muebles traídos de la estación, que eran, según nota escrita de puño y letra de D.^a Candelaria: una cama grande y tres pequeñas de hierro, cada una con un jergón, dos colchones de lana, un juego de almohadas y dos cobertores; un estrado completo en bastante buen uso, con dobles fundas blancas y de lona gruesa; doce cuadros, pintados por Colomba; una docena de sillas de paja, dos de cuero y un sillón de vaqueta; una cómoda; dos armarios; dos clavijeros de hierro y dos de madera; una mesa de sala, con su espejo, y dos más, una de comedor y otra pequeña de pino; un tocador con espejo y dos espejos más, sueltos; un cajón con varios santos de talla, dos de ellos, San José y la Virgen del Socorro, con sus correspondientes fanales; una caja con una guitarra y una bandurria; un cajón gran-

de con varios efectos de cocina. Todos los demás objetos venían en tres grandes baúles, llenos principalmente de ropa blanca de cama y vestir y de rollos de tela, antiguos vestidos que D.^a Candelaria había deshecho para tenerlos y arreglarlos para el luto, á fin de no comprar más que lo preciso, que era lo que traían puesto.

No es posible describir la colocación que los muebles enumerados tenían en el piso de la calle de Villanueva, porque fueron tantos los cambios que sufrieron, que no pasaba día sin que aquellas seis mujeres, solas y sin ocupación por el momento, no se entretuvieran ideando una nueva distribución de la casa y del mueblaje. Ni la cocina, cuyo uso forzoso estaba indicado por las hornillas, carboneras, vasares, fregadero y caño de agua sucia, se vió libre de la acción revolucionaria de aquellas amazonas, que la convirtieron en comedor para que la hornilla y vasares hicieran las veces de repostero. Para guisar lo poco caliente que guisaban servía un anafe que D.^a Candelaria había traído, y que economizaba mucho carbón y trabajo de limpieza. Lo que sí se puede asegurar es que en ningunas de las transformaciones podía compararse aquella casa con la de Murcia, puesto que D.^a Candelaria había malvendido allí todos los muebles que no eran indispensables ó que no eran un recuerdo de familia, sin excluir el piano, el ojo derecho de Candelita. Asimismo

hubo varios arreglos para dormir las seis en las cuatro camas, por no seguir pagando el alquiler de la que tenían D.^a Justa y Martina. Primero dormían solas D.^a Candelaria y Doña Justa, y las niñas dos con dos: Martina con Candelita y Paca con Valentina. Después, como la cama de D.^a Candelaria era muy grande, Valentina, que todavía era una niña, pues apenas había cumplido quince años, se fué con su mamá y Candelita con Paca; pero como ésta estaba enfermucha y Candelita había simpatizado en extremo con su prima, volvieron á dormir juntas y dejaron á Paca sola.

No era el dormir ciertamente lo que más preocupaba á aquellas abejas inactivas, sino el hallar medios de vivir. Lo poquísimo que tenían se acabó en los días de Pascua, y hubo que ir á una casa de préstamos á empeñar un reloj, y después otro, hasta que todas las niñas se quedaron iguales, y no se volvió á saber la hora que era á punto fijo.

—Cuando pasen estos días—decía D.^a Candelaria,—hay que empezar á moverse.

Y, en efecto, no se descuidó, pues apenas supo andar por Madrid salía sola ó con su hermana muy temprano, y volvía á salir después de almorzar para enterarse dónde podían darle alguna labor. Martina sabía adornar sombreros, más por gusto natural que porque hubiera aprendido; Candelita podía dar lecciones de piano á niños pequeños que

comenzaran el solfeo, y todas bordar, coser en blanco y cuanto fueran labores propias de señoras distinguidas, aunque venidas á menos. Halló algunas promesas de trabajo para más adelante, y en una corbatería le dieron avíos y modelo para hacer dos docenas de corbatas por vía de prueba; pero esto no resolvía nada, porque pagaban á seis reales la docena y no era seguro que hubiera una tarea todas las semanas. En otra tienda no le dieron trabajo, pero le dieron las señas de una modista á la moda que tenía necesidad de una joven elegante y de buena figura para la prueba de vestidos y confecciones. Martina fué elegida por su mamá y tía de acuerdo, y presentada á la modista, que la admitió gustosa, quedando en fijar el sueldo después de algunos días de ensayo. Pero á las pobres mujeres no les dió buena espina la casa, y menos cuando en la corbatería, donde hablaron del asunto, les dijeron que la modista no era persona de confianza para entregarle una joven sin experiencia, pues en su casa, con el pretexto de las modas, celebraban entrevistas secretas señoras y caballeros de la buena sociedad, según decían malas lenguas, que cuando lo decían, lo dirían por algo.

En estas y otras tentativas pasaba el mes de Enero, y entre la casa, la comida y los gastillos menudos se llevaban poco á poco las alhajas, que, como menos precisas, eran las primeras que iban al empeño. Por donde se

comprenderá la recta intención de aquellas mujeres, puesto que otras en su lugar quizás hubieran empeñado las sábanas antes que las sortijas y pendientes, para no privarse de estos adornos, útiles cuando se aspira á servirse de la belleza para atraer algún enamorado generoso que haga el gasto. D.^a Candelaria no pensó jamás en semejante bajeza, y aunque algún día habló de ceder á un caballero una habitación con asistencia ó sin ella, según los usos de Madrid, pensó desde luego en un caballero decente, y, á ser posible, respetable por su edad. En cuanto á Doña Justa, solía terminar algunas disputas que se promovían por la escasez de dinero, con una frase, que en sus labios era sacramental:

—Aquí hacen falta unos pantalones.

Porque la buena señora no tenía carácter ni voluntad propia, y no comprendía que una casa pudiera marchar bien sin un hombre que ejerciera la autoridad, aunque fuese del modo absurdo y despótico que la ejercía su difunto marido. Y el mal éxito de las gestiones de su hermana la confirmaba más de día en día en su parecer. Aunque parezca extraño, á pesar de que las muchachas salían todas las tardes con sus mamás, no se les había presentado ningún pretendiente, que al menos les diese compañía y rompiera la vida monótona que llevaban, ya que no fuese un hombre honrado y formal de quien pudiera esperarse algo para el porvenir. Los jóvenes

honrados y formales que había en la corte, si había entonces alguno, huyeron del número excesivo de mujeres ó de la miseria que se les transparentaba, y los vividores y libertinos quizás no se atrevieron, temerosos de que al lado de aquellas mujeres vestidas de luto la diversión se les convirtiese en lluvia de lágrimas. Por todas estas razones se explica que D.^a Candelaria tuviera el arranque repentino que tuvo el día 1.^o de Febrero de ir á la Zarzuela y hablar con el director de la compañía que allí actuaba y suplicarle que diera á Candelita un puesto en el coro, y, si era posible, que le confiara papeles para empezar, pues la joven tenía condiciones para salir airosa en cuanto venciera la timidez de los primeros días. El director probó la voz á la muchacha, con amabilidad rara en las costumbres teatrales, y dijo que no tenía inconveniente en colocarla en el coro; pero, interesado por la joven, cuya educación y distinguida compostura saltaban á la vista, aconsejó á la mamá que desistiera de su propósito, pues era lástima que anduviera rodando entre gente de vida poco ejemplar, salvo contadas excepciones, una joven que podía ser una artista de mérito con poco que estudiara y supiera presentarse al público como era debido. Doña Candelaria agradeció el consejo con lágrimas en los ojos, y salió del teatro llena de orgullo maternal por tener aquel portento de hija y entristecida porque también aquella puerta se

les cerraba. Entonces miró distraídamente el cartel de anuncios, y vió que después de la función de zarzuela había anunciado baile de máscara, y se le ocurrió pensar:

—¡Si viniéramos esta noche al baile!....

Á decir verdad, D.^a Candelaria no pensó seriamente en aventajar nada yendo al baile; pero tenía odio á la inmovilidad y al recogimiento, y decía siempre que al que no grita Dios no le oye. Estarse en casa quietas y resignadas, era tanto como echarse al surco y declararse vencidas á los primeros disparos. La sociedad puede ser útil cuando se vive realmente en ella, no encerrándose entre cuatro paredes, y á falta de relaciones, no les quedaba más medio de entrar en campaña que acudir adónde hubiera mucha gente y confiar á la casualidad el cuidado de proporcionarles algún buen encuentro. Todo esto se lo calló D.^a Candelaria, y el pretexto que dió para justificar su idea de ir al baile, fué la necesidad de distraer un poco á las niñas. Á D.^a Justa le parecía que en un baile así nada se podía ganar, porque las mujeres que á él irían serían lo peor de cada casa. Pero las niñas, que deseaban ver un baile de máscara, contestaban que nadie las conocería. En cuanto al gasto, perdido por ciento, perdido por mil y quinientos; y además, ellas mismas se harían los trajes, como, en efecto, se los hicieron en un dos por tres con la tela de los vestidos deshechos que D.^a Candelaria había